

Señores compañeros del presídium  
Distinguidos invitados especiales  
Señores profesores  
Señores graduandos y sus familiares  
Señoras y señores  
Amigos todos

Quiero agradecer antes que nada a la Dirección Académica la invitación a dirigirles unas palabras y la magnífica oportunidad de compartir con ustedes algunas reflexiones, en este magno acto de graduación de una nueva cohorte de egresados de esta prestigiosa institución. Más aún cuando el IESA se apresta a cumplir medio siglo de funcionamiento, en un mundo y un país que ha experimentado no pocos cambios desde su fundación en 1965 hasta ahora.

Es un privilegio para mí poder estar aquí con ustedes, como lo es sin duda poder estudiar en una institución como esta y hacerse de los conocimientos y las competencias que cada día son más necesarias para resolver los muy complejos problemas que nos presenta la cotidianidad.

Como expertos en administración y mercadeo, ustedes saben mucho mejor que yo que no basta con tener una buena idea o un buen producto; que para alcanzar el éxito o lograr las metas que nos hayamos trazado hace falta inspiración, pero que en cada hora de labor productiva, cada minuto de inspiración deberá venir acompañado de 59 minutos de transpiración. Que el esfuerzo individual es indispensable, pero que un bote con un solo remo avanza lenta y tortuosamente, mientras que con el esfuerzo concertado de un equipo bien engranado se alcanzan metas más ambiciosas con menor esfuerzo.

Nuestra labor surte efectos colectivos; y me refiero a la humanidad, al esfuerzo que despliega la especie humana como un todo. Los venezolanos no somos clase aparte, formamos parte de la humanidad y los progresos que alcancemos los haremos montados sobre los hombros de quienes se esforzaron antes que nosotros, y los logros que obtengamos, por humildes que sean, contribuirán también a esa gran obra colectiva que es el mundo entrelazado en el que vivimos, con tecnologías de información, medios e instrumentos de comunicación, y vehículos para desplazar bienes y personas entre los puntos más lejanos.

Seguramente nuestra comprensión del momento actual que vive el mundo no llega ser lo suficientemente amplia.

Un aspecto resaltante es que una porción aún muy importante de los habitantes del planeta vive en la pobreza. Cerca de 1/3 de la población mundial, 2.000 millones de personas, vive con menos de \$2 al día, lo que no les permite aprovechar los enormes avances que ha logrado la humanidad a lo largo de su historia, ni participar en forma significativa del flujo principal de información, bienes y servicios que circulan dentro y entre los distintos países. Nuestro país no escapa de esta realidad, no somos clase aparte; cerca de 1/3 de nuestra población, lo que equivale a 10 millones de personas, viven hoy por debajo del umbral de la pobreza en nuestro país, esto a pesar de los enormes esfuerzos que se hayan podido hacer para cambiar esta realidad y más allá de los grandes avances que ha alcanzado la cultura universal, de los que todos los que estamos reunidos hoy en esta sala, de alguna u otra forma, podemos disfrutar.

Tenemos todavía muchas preguntas por responder, y una de ellas tiene que ver con la intolerancia. Si estamos todos en el mismo bote pero no remamos en una misma dirección, como decíamos antes, ¿podemos pretender que vayamos a movernos hacia un destino previsible? Lo más probable es que derivemos de un lado a otro y no lleguemos a ninguna parte. Nuestro país está fuertemente dividido, esto no es ningún secreto, con una mitad que habla un lenguaje que la otra mitad no entiende. Pero no somos clase aparte, como veníamos diciendo; este asunto de las convicciones radicales que excluyen otras visiones del mundo nos causan gran atraso, pero no son de nuestra exclusiva competencia, son causa de enorme atraso y sufrimiento también en otras partes del mundo.

En lo personal estoy especialmente conmovido por el avance del Estado Islámico de Irak y el Levante. Todos hemos podido leer en la prensa y visto en los canales internacionales de televisión los asesinatos y los horrores inenarrables de esta agrupación radical, que proclama la restauración del Califato, un sistema de gobierno establecido en el Islam, que se extendió rápidamente, abarcando amplios territorios, tras la muerte de Mahoma en el año 632 de nuestra era, y que a lo largo de distintas transformaciones, reorganizaciones y desplazamientos de los centros de poder, duró en forma más o menos continuada a lo largo de más de un milenio, hasta la caída del Imperio Otomano en 1924, poco después de la Primera Guerra Mundial. En los sucesivos califatos que ubicaron sus capitales en Damasco, Bagdad, El Cairo o Córdoba, vale decirlo, florecieron las artes, las ciencias, la medicina y el comercio; podemos trazar hasta ellos el origen de muchos de los conocimientos que manejamos en ciencias tan fundamentales como la

matemática, la física, la astronomía, la química o la biología. El ahora autoproclamado Califato del Estado Islámico con capital en Mosul pretende revivir esas glorias, imponiendo sus criterios a la fuerza –y qué clase de fuerza– por Siria e Irak, en territorios que se extienden por lo que antiguamente se denominó la Mesopotamia, donde ocurrió el origen bíblico de nuestra civilización, hasta los confines de estos países con Irán y Turquía.

Mi conmoción particular con el Estado Islámico data del 1º de septiembre de este año, cuando recibí un correo de una joven iraní que habiendo obtenido título de pregrado y maestría en Química en la Universidad de Avicena en Irán y habiendo leído algún artículo mío en alguna revista, me preguntaba sobre la posibilidad de completar estudios doctorales en nuestro laboratorio. Tras sucesiva correspondencia y recibir copia de su Curriculum Vitae, aparecieron varios datos interesantes. Uno es que ya estaba cursando doctorado desde hacía un año en el Instituto de Estudios Estratégicos e Investigación Científica de Kurdistán, en Irak. El Kurdistán, como sabemos, es la región semiautónoma del norte de Irak que está enfrentando con la mayor intensidad el avance del Estado Islámico. Otro dato interesante eran las distinciones obtenidas por excelentes calificaciones en sus estudios y la publicación de varios trabajos científicos en reconocidas revistas especializadas de circulación internacional, a pesar de su relativamente corta experiencia. Pero el tercer dato, el que despertó mi interés y me causó la mayor impresión, fue la foto que estaba incluida en su hoja de vida, que mostraba un rostro por cierto parecido al de algunas de las jóvenes que hoy reciben sus títulos en este acto, con ojos pardos y pelo de ese mismo color. ¿Qué me causó tanta impresión de su foto? El que no llevara velo. Con este dato ya no hacía falta hacer más preguntas, ante la amenaza de los yihadistas del Estado Islámico, con quienes

claramente no congeniaría y enfrentaría graves riesgos, la joven necesitaba salir de ese lugar, ahuyentada por el fundamentalismo, el extremismo y la intolerancia. La historia de esta joven aún no ha terminado; hemos procurado para ella una ayudantía académica en una de las universidades de nuestra capital para asistirle en sus estudios doctorales y ella nos informa que ya empezó a estudiar el español, que le resulta nuevo y difícil de aprender, pero que percibe a nuestro idioma como algo “dulce”. Quién sabe, tal vez la tengamos entre nosotros en el futuro cercano, y su presencia en nuestra ciudad contribuya a enriquecer nuestra cultura. La intolerancia causa mucho daño a la humanidad, no dejemos que dañe también nuestros corazones.

Pero no es sobre exclusión o conflictos que quiero conversarles hoy, sino todo lo contrario, sobre el respeto que nos debemos los unos a los otros para poder vivir y producir en libertad; sobre la necesidad de construir instituciones sólidas e impermeables a proyectos hegemónicos, que nos permitan sortear y trascender los intereses particulares y las agendas sectarias, que nos conduzcan a superar la pobreza y la intolerancia que nos agobian, y que nos encaminen hacia el desarrollo sostenido de nuestra sociedad. Les quiero hablar de un tipo de instituciones en particular, las que tienen que ver con los estudios superiores que ustedes acaban de culminar exitosamente y por los que han recibido hoy sus títulos de maestría. Todos ustedes antes de llegar al IESA cursaron estudios en universidades, bien sea de gestión pública o privada.

Quisiera que reflexionáramos por un momento acerca de cómo sostenemos y en qué estado están nuestras casas de estudio.

En Venezuela, las universidades nacionales procuran prácticamente todo su financiamiento del presupuesto fiscal que les otorga el Estado, mientras que las privadas soportan su actividad también de una única fuente, la matrícula universitaria de cada uno de quienes estudian en ellas. Ningún otro país que haya logrado un desarrollo razonable sus instituciones de educación superior las sostiene con un sistema tan dicotómico como el nuestro, y las dificultades para sostenerlas saltan a la vista. En la Ley de Presupuesto para el año 2015, por ejemplo, el Estado asigna a las universidades públicas apenas el 30% de sus necesidades reales, hasta el punto que en la mayoría de ellas el presupuesto asignado ni siquiera alcanza para cubrir el pago de los salarios; y con respecto a las universidades privadas, los jóvenes enfrentan crecientes dificultades para sufragar el alto costo que implica una educación superior de calidad.

Si consultamos alguno de los rankings internacionales que se han puesto tan de moda desde que a principios de la década del 2000 el gobierno chino le preguntó al Instituto de Educación Superior de la Universidad Jiao Tong de Shanghai qué debía hacerse para construir en ese país una universidad de calidad mundial, y se empezó a entender qué tienen en común esas universidades que todo el mundo considera como “buenas”, encontraremos que entre las 10 o las 100 mejores habrá universidades públicas y privadas, pero que el financiamiento de ninguna de ellas descansa exclusivamente sobre un presupuesto fiscal, como tampoco solamente sobre las carteras de los estudiantes que cursan estudios en ellas. En la inmensa mayoría de los casos, los altos costos de las buenas universidades se balancean con ingresos provenientes de diversas fuentes, entre ellos los presupuestos fiscales o los pagos de matrículas, pero sobre todo ingresos por la realización de proyectos

de investigación y desarrollo, tanto con el sector público como con el sector privado, así como donaciones y rentas de activos acumulados por las instituciones.

Las buenas universidades son esenciales para la construcción de las capacidades humanas que se requieren para el desarrollo de una sociedad, y el buen financiamiento de ellas es a su vez esencial para que las universidades funcionen y puedan aspirar a ser buenas. Financiamiento suficiente, a fin de no comprometer la necesaria autonomía de estas instituciones, sin la cual no serían capaces de cumplir con su elevada misión de buscar el conocimiento y la verdad sin más limitaciones que las impuestas por el grado de avance o las metodologías propias de las diferentes disciplinas; y financiamiento estimulante de la búsqueda de conocimientos y la resolución de problemas, que nos lleve a elevar los niveles de bienestar y la calidad de vida de las personas. El buen financiamiento es clave para tener buenas universidades.

En este momento sufrimos una acelerada pérdida de talentos en nuestras casas de estudio; percibimos con alarma el riesgo al que están expuestas por causa de las crecientes dificultades para sostener y acrecentar su capital intelectual; estamos necesitados de soluciones creativas al problema del financiamiento de nuestras universidades. Apelo a ustedes, magísteres en administración y en mercadeo, egresados de una de las más prestigiosas instituciones de estudio superior de nuestra región latinoamericana, a contribuir codo a codo en la consolidación de nuestras instituciones y en la procura de esquemas de financiamiento que hagan viable el crecimiento sostenido de nuestras universidades. Los invito a influir para que en nuestro país se asuma con seriedad la imperiosa necesidad de construir en nuestro seno las más elevadas

capacidades, única forma posible de alcanzar el desarrollo en la era del conocimiento que vive la humanidad. Los convido a que como egresados mantengan vínculos estrechos con esta y las casas de estudio de las que también son graduados, a fin de fortalecerlas y apoyarlas en su crecimiento; a que con su esfuerzo productivo contribuyan con el desarrollo del país; a que a través de la obra de cada uno de ustedes en sus respectivos ámbitos de competencia, acrecienten el valor y el impacto social de la labor académica realizada en esta institución.

Culmino reiterándoles que ustedes forman parte de un grupo privilegiado de venezolanos, aquellos que han tenido la oportunidad de formarse en esta prestigiosa casa de estudios con los más connotados profesores, adquiriendo conocimientos y desarrollando competencias, convertidos hoy, cada uno de ustedes, en mejores personas. Estoy seguro que sabrán aprovechar su formación para entregar con trabajo, creatividad y empeño, el mayor valor a nuestra sociedad. Sé que cada uno de ustedes es especial, pero quiero insistir en algo que les he dicho ya dos o tres veces a lo largo de estas breves palabras: que los venezolanos no somos clase aparte; que compartimos los problemas que aquejan a los demás miembros de la especie humana; que nos merecemos mutuo respeto; que no entendemos la tolerancia como una manera de sufrir la presencia de aquellos que percibimos como diferentes, sino que vemos en el conocimiento del otro y en el reconocimiento de otras formas de ser y de pensar, oportunidades singulares para hacer más rica y plena nuestra propia existencia. En definitiva no somos clase aparte, somos seres humanos, y para desarrollarnos y desplegar nuestras mejores capacidades, necesitamos libertad.

Muchas gracias a todos y muchas felicidades.